

TRAYECTOS DE LA CULTURA

El uso social del término «cultura» hoy se ha ampliado. Ya no designa exclusivamente la actividad intelectual o artística de los individuos o grupos en su versión clásica, sino que acoge otros tipos de labor, así como otros productos y objetos no catalogados antes como «culturales». Esto para nada significa que el término «cultura» haya perdido sentido, sino que, más bien, recupera una perspectiva más justa y democrática.

Quizás, por eso, haya que agradecer a intelectuales como Roger Chartier, quien, atendiendo a lo que se llamó en su momento *el triple desplazamiento epistemológico de las ciencias sociales*, nos ha hecho ver que las diferencias entre lo culto y lo popular, las fronteras entre producción y consumo y, los confines retóricos entre realidad y ficción ha perdido toda funcionalidad.

Chartier parte de un rechazo de la visión dicotómica cultura popular/cultura erudita, a favor de una noción comprensiva, mediante la cual resulta legítimo reconocer lo popular desde fuentes eruditas o percibir dinámicas de lo erudito desde fuentes populares como los testimonios. Pero después de poner en duda la pareja culto/popular Chartier necesariamente llega a una segunda deconstrucción que resulta de igual modo importante: el rechazo de la partición producción/consumo. Y es que, como afirma Chartier, “anular la ruptura entre producir y consumir es afirmar que la obra no adquiere sentido más que a través de la estrategia de interpretación”. Finalmente, con el último desplazamiento: la deconstrucción de la frontera realidad/ficción, Chartier pone en evidencia que todo texto no es más que una representación de la realidad, una construcción retórica (es decir, una «ficción») que se esfuerza por captarla bajo distintas modalidades: filosóficas o literarias. Ningún texto tiene una relación transparente con la realidad, sino que depende, según Chartier, de una estrategia discursiva. Los “documentos” obedecen (así como las «obras

de ficción») a procedimientos de construcción, donde se ponen en juego tanto los conceptos como las obsesiones de sus productores. “Estos procedimientos, estas categorías de pensamiento, son las que hay que actualizar antes de leer de manera directa la relación del texto con la realidad”, afirma Chartier.

Para Chartier, los textos son representaciones (mediaciones) y las lecturas son apropiaciones (interpretaciones). Hay que prestar igual atención tanto al aspecto material de la producción como al del consumo, olvidándonos de que el texto inscribe por sí mismo y es suficiente dador de sentido, y de que sólo hay lecturas homogéneas. Esta diferencia es muy importante pues hace insostenible la división entre la objetividad de las estructuras y la subjetividad de las representaciones.

A Chartier le interesan los procesos de construcción de sentido, objetivados en prácticas culturales y entrecruzados como conflicto. De ahí que se preocupe, en el ámbito de su proyecto, por observar dos de esas prácticas: la representación y la apropiación. La primera, entendida no tanto como muestra de una ausencia, sino como exhibición de una presencia, es decir como construcción. La segunda como ese modo de consumir un objeto cultural que llega a producir recepciones inéditas a crear nuevos públicos y nuevos usos.

De alguna manera, los once textos que se incluyen en este número de Universitas Humanística obedecen a ese uso social del término «cultura». Apreciarlos como trayectos, es decir, como recorridos, como itinerarios tanto de autores como de actores, es la invitación que hacemos. En el espectro amplio de este viaje cabe tanto una lectura de «lo científico» del *Epítome de la Conquista del Nuevo Reino de Granada*, como la expresión de las prevenciones políticas frente a una inminente estética de la cibercultura. Bajo esta óptica se hace aceptable hablar tanto de un anclaje cultural del conflicto político en nuestra guerra, como de los sentimientos de desarraigo de mujeres exiliadas. Es posible, de igual modo, comprender el llamado que se hace por recuperar los imaginarios poéticos de la cultura popular, pero también la necesidad de entender cómo nos afecta la mutación cultural y tecnológica en la que nos hayamos inmersos hoy. Cabe también la fascinante relación entre la poesía árabe y la española, así como la apuesta por la escritura que hace el autor colombiano Fernando Vallejo, como antídoto de la nostalgia.

Optamos en este número por la amplitud de temas, enfoques y épocas estudiadas, convencidos de que las prácticas culturales no pueden confinarse a parcelas temporales o teóricas. Optamos por la flexibilidad porque nos refleja como equipo académico y porque, de esta manera, podemos atraer mejor la atención hacia el trabajo intelectual de nuestra Facultad.